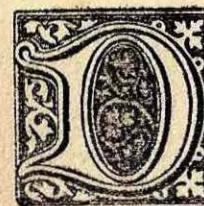


V. ELECCIÓN DE CARRERA

Los brutos no van más allá de sus posibilidades. El oso no intenta volar. El caballo titubea antes de saltar la triple valla. El perro retrocede instintivamente ante una zanja demasiado ancha y profunda. Tan sólo el hombre, en su locura, se rebela obstinadamente contra las prohibiciones de la naturaleza y se empeña en oponerse a sus planes. — SWIFT.

La mayor fortuna de un hombre es hallar para su actividad el empleo más apropiado a sus congénitas aptitudes. Con tal que a ellas responda su tarea, lo mismo da que haga cestos, espadas, canales, estatuas o versos. — EMERSON.

Doquiera que la naturaleza te haya colocado, manfente allí. No te separes jamás de la profesión adecuada a tus aptitudes y lograrás éxito. Si a otra te inclinas, serás en ella mil veces peor que nada. — SYDNEY SMITH.



ECÍA Artemio Ward que todo hombre sirve para algo y en algo aventaja a los demás, aunque hay gentes cuya versatilidad de criterio les lleva de un lado a otro sin servir para cosa alguna. En dos ocasiones trató Ward de hacer lo que no era propio de sus aptitudes, y en ambas fracasó ruidosamente, de lo que indujo la conve-

niencia de no ocuparse jamás en trabajos ajenos a las propias facultades.

Un periódico insertó el siguiente anuncio:

Se ofrece un impresor capaz de ponerse al frente de la sección de cajas de una casa editorial. También aceptaría cargo de profesor en una academia para enseñar caligrafía, dibujo ornamental, geometría, trigonometría y varias otras ciencias. Tiene práctica en dar conferencias públicas y se encargaría de regentar una clase de enseñanza superior para señoritas y caballeros. Sería, además, de mucha utilidad en el gabinete de un dentista o de un manipedicuro. Asimismo aceptaría colocación de tenor o bajo en un coro.

Nadie respondió a un anuncio que delataba tan extravagante mezcolanza de aptitudes, hasta que volvió a aparecer en el periódico con la siguiente coletilla:

En todo caso, se ofrece para aserrar madera a precios económicos.

Esto parece que aseguró la colocación del anunciente, porque ya no volvió a salir el anuncio.

Vuestro talento está en vuestra vocación. Vuestro carácter revela vuestro destino. Si lo halláis, se acomodará a las facultades de vuestro ser.

Si es posible, escoged la ocupación más en armonía con vuestras aficiones, pues aprovecharéis más ampliamente vuestra habilidad y conocimien-

to del asunto, en que consiste vuestro verdadero capital.

Seguid vuestra inclinación, porque difícilmente lograréis éxito si la contrariáis. Los padres, los amigos o el infortunio podrán sofocar los anhelos de vuestro corazón y compeleros a tareas que repugnéis; pero, tarde o temprano, el interno fuego que en vosotros arda errupirá como el de un volcán, y desbaratando cuantos obstáculos se opongan a su erupción, se desbordará en la oratoria, en el canto, en el arte o en vuestra industria predilecta. Sin embargo, precaveos contra el talento que no esperéis actualizar con toda perfección, porque la naturaleza aborrece las chupucerías o las obras incompletas.

Más vale ser el Napoleón de los limpiabotas o el Alejandro de los deshollinadores, como dice Mateo Arnold, que un leguleyo ignorante de la jurisprudencia.

La mitad de las gentes ejercen profesiones o desempeñan cargos para que no nacieron, como si al género humano lo hubiesen sacudido violentamente, hasta el punto de trocar unos en otros los destinos de sus individuos. Muchas que fueran excelentes criadas estudian para maestras, y en cambio, hay maestras por naturaleza que sirven de criadas. Buenos labriegos andan por ahí asesinando leyes, mientras que eminentes

tes jurisconsultos ruedan por las granjas, bajo la tortura unos y otros de su no logrado destino. En las fábricas languidecen muchos niños que estarían mejor bregando con el latín y el griego, al paso que a otros les abruma la sobrecarga de los colegios, cuando pudieran desahogarlos la granja o el buque. Artistas hay que pintarrajean lienzos y debieran enjalbegar fachadas. Tras los mostradores abundan los dependientes que odian la cinta métrica y descuidan su trabajo al soñar en otros más de su gusto. Sucedé a veces que un hábil zapatero publica unos versos en el periódico local, y sus amigos le llaman poeta y engréido truca la lezna, que manejaba bien, por la pluma que ha de manejar torpemente. Otros zapateros se sientan en el Parlamento, mientras que hay estadistas remendones. Abogadillos sin pleitos o de malas causas ruedan por el mundo, mientras jurisconsultos de nacimiento fracasan en el comercio. Al niño que siempre está entretenido con herramientas lo mandan a la universidad para que sea una medianía en cualquiera de las llamadas «profesiones honrosas». Hábiles cirujanos hubieran sido algunos que manejaban la media luna en las tablajerías, al paso que no pocos carniceros malograman sus aptitudes quirúrgicas.

Como dijo el poeta:

Hay una divinidad que modela nuestro destino según la plantilla que le proporcionamos.

Y añade Franklin:

El que menosprecia un oficio, menosprecia un estado social; y quien desoye una vocación, desperdicia un provechoso y honrado empleo de actividad. Un labriego de pie es más alto que un caballero de rodillas.

El trabajo no es tan sólo trabajo para el hombre, pues vigoriza sus músculos, fortalece su cuerpo, fluidifica su sangre, sutiliza su mente, perfecciona su criterio, estimula su inventiva, aviva su ingenio, le incita a la porfía de la vida, espolea su ambición y le advierte que es hombre y como tal debe portarse en todas ocasiones. Nadie puede sentirse hombre si no lleva a cabo tareas de hombre. Un hombre sin profesión no es hombre, pues no prueba con sus obras que es hombre. Ni unos cuantos kilogramos de carne y huesos ni tampoco un espacioso cráneo lleno de mollera bastan para formar un hombre. Los huesos, los músculos y el cerebro deben saber cómo trabaja, cómo piensa y cómo se porta un hombre, para que por la firmeza de su carácter y el cumplimiento de sus deberes merezca el título de hombre. La primera condición del éxito es la perspicacia; la segunda, la perseverancia. Por lo general, quien

reúne estas dos condiciones bajo la guía del sentido común, no fracasa jamás.

Nunca ambicionéis más elevada posición ni mayor sueldo, si antes no mejoráis la en que ya os veis, mediante la originalidad en su desempeño, de modo que superéis a cuantos en ella os precedieron. Sed más activos, más enérgicos, más cabales, más pulcros que vuestros antecesores o que vuestros compañeros. Estudiad la índole de vuestro cargo, de modo que satisfagáis a vuestro principal con numerosos procedimientos de trabajo, no precisamente por satisfacción propia, sino más bien con la mira puesta en el debido desempeño del cargo, pues al ver vuestro principal que lo desempeñáis cumplidamente, os confiará otro de mayor honra y provecho.

En las horas libres, aceptad alguna tarea suplementaria, y si con acierto la cumplís, veréis cómo muy luego se os ofrecen otras más ventajosas.

El problema de encontrar adecuada ocupación en la vida ha llegado a ser uno de los más arduos de nuestra conturbada época. No hay tal problema cuando se trata del hijo de un zulú o de un beduino, pues la condición del salvaje no le permite elegir entre diversidad de profesiones; pero según el hombre asciende en la escala de la civilización y está más próximo a los grandes centros

de actividad, es proporcionalmente más difícil acertar en la elección por los obstáculos que opone la concurrencia. El desperdicio de fuerzas o de esperanzas es fatal para la prosperidad, aun en los más fecundos campos de acción.

Dijo Gladstone que tiene su límite el trabajo exigible de un cuerpo o de un cerebro humanos; y por lo tanto, con prudencia obra quien no malgasta energías en tareas para las que no es apto.

Sobre esto dice Carlyle:

Feliz quien halla apropiado empleo a su actividad. No necesita otra bendición. Tiene en el trabajo el ideal de su vida. Lo ha encontrado y lo sigue.

Al elegir una profesión no penséis en la que os parezca más lucrativa o más brillante, sino inclinaos a la que sea capaz de educir equilibradamente todas vuestras facultades en el mayor grado posible. No necesitáis dinero ni notoriedad ni fama, sino talento, habilidad y energía, que valen más que riqueza y fama. El carácter aven-taja de por sí a cualquier carrera. Es preciso educar todas las facultades, porque en cuanto hagáis se echarán de ver las deficiencias de vuestra educación. Conviene educar la mano para darle agilidad, gracia y destreza. Conviene educar la vista para que sea perspicaz, avizora y circunspecta. Debemos educar el corazón en la

símpatia, la ternura y la fidelidad. Preciso es ejercitarse durante mucho tiempo la memoria, para que abarque y retenga con precisión los recuerdos. El mundo no exige que seáis precisamente científicos o comerciantes, ni os dicta lo que debéis hacer, sino que tan sólo os pide que lo hagáis cumplidamente. Si sois maestros en vuestra especialidad, os aplaudirá el mundo y se abrirán las puertas a vuestro paso.

Dice Rousseau a este propósito:

Quien recibe educación apropiada para cumplir los deberes de hombre, no puede estar mal dispuesto para desempeñar cualquier oficio relacionado con estos deberes. Poco me importa que mis discípulos estén destinados al ejército, al púlpito o al foro. La naturaleza nos ha destinado a los oficios de la vida humana, con anterioridad a los oficios sociales. Primero he de enseñar a mis discípulos a vivir. No he de hacer de ellos ni soldados ni jurisconsultos ni teólogos, sino hombres; y de esta suerte, aunque la fortuna les lleve de una a otra categoría social, siempre estarán en su lugar.

En las porfías de la vida, el sentido común tiene el derecho de guiarnos. Las riquezas, los diplomas, el abolengo, el talento, el genio, apenas serían capaces de modelar una pigmeara figura sin el tacto y el sentido común. Los ineptos y desmañados quedan a la zaga, por muchos diplomas y títulos que ostenten. Nuestra época no le pre-

gunta a nadie *quién* es, sino *qué* es; ni tampoco le pregunta *qué* sabe, sino *qué* puede hacer.

Así dijo muy bien Jorge Herbert, que más nos pagamos de quienes somos que de lo que hacemos. Todo propósito manchado con la más leve sospecha de injusticia o deshonra debe quedar abandonado al instante. Nunca como en nuestros días ha llegado a tanta perfección el arte de aderezar la injusticia de modo que tome aspecto y aires de justicia, porque es curioso fenómeno psicológico que la razón, llevada al extremo, sofoca el natural sentimiento de justicia; y así sucede que, cuando tenemos ante nosotros un lisonjero y seguro porvenir, corremos el riesgo de escamotear la injusticia de modo que parezca justicia. Un psicólogo eminente ha dicho que no sólo la injusticia, sino aun la misma deshonestidad podría coherenciar falazmente el hombre, con sólo esforzarse de firme en razonar sobre ella. Pero todo propósito inmoral lleva en sí el germe del fracaso.

No hay duda de que toda persona humana sirve para algo en esta vida; pero unas cuantas, a que llamamos genios, explayan sus congénitas cualidades con extraordinaria pujanza. La señora de Stael estaba ya versada en filosofía política a la edad en que casi todas las niñas juegan con muñecas. Mozart a los cuatro años tocaba el

piano y componía bailes y otras piezas de perdurable mérito. El chiquitín Chalmers, con reposada voz y vehemente mimica, pronunciaba discursos subido a un banco del cuarto de crianza. Goethe escribió tragedias a los doce años, y Grotio publicó un notable tratado de filosofía antes de cumplir los quince. Pope contaba ya los números al romper a hablar. Chatterton compuso excelentes poemas a los once años, y Cowley publicó un tomo de poesías a los diez y seis. Tomás Lawrence y Benjamín West dibujaron retratos cuando apenas empezaban a andar. Listz era concertista a los doce años. Canova se entretenía desde muy niño en modelar figuras de arcilla. Bacon señaló a los diez y seis años los errores de la filosofía aristotélica. A la misma edad construyó Napoleón fortificaciones con la nieve del patio de la escuela de Brienne.

Todos estos hombres célebres mostraron su inclinación desde edad temprana y la siguieron durante toda su vida. Pero la precocidad no es común y, excepto en casos muy raros, es preciso descubrir el sesgo de nuestra naturaleza y no esperar a que la inclinación se manifieste tardeamente por sí misma.

Un obispo le decía a un joven sacerdote: «No te prohíbo yo predicar, sino la naturaleza».

Lowell declaraba que en vano nos esforzamos en

ser lo que la naturaleza no ha querido que somos, como así lo demuestra la historia con tanto propósito fracasado y tanta vida malograda.

Nadie encuentra su verdadero lugar hasta que tiene del todo educidas sus facultades, de suerte que pueda realizar la obra emprendida con tal entusiasmo, que a toda hora piense en ella. Tal vez haya de afrontar adversas circunstancias, pero pronto sacudirá el yugo. Carey era un zapatero remendón de oficio que llegó a recibir órdenes sagradas, y cuando le enviaron a las misiones, exclamó: «Mi deber es predicar el Evangelio; pero remendaré zapatos para sufragar los gastos».

Si vuestra vocación os llama a un oficio humilde, ennoblecedlo con vuestra conducta de modo que pongáis en él más habilidad que otros. Poned inteligencia, sentimiento, energía y solicitud. Dilatadlo con procedimientos originales. Extendedlo mediante laboriosas iniciativas. Estudiadlo como si fuese una profesión intelectual. Aprended todo cuanto de él se sabe. Concentrad en él todas vuestras facultades, porque las altas proezas están reservadas a los hombres que enfocan todas sus energías en un solo ideal, sin que ninguna atención extraña comparta el imperio de su alma. *Más te vale honrar tu oficio que codiciar el ajeno.*

Haz de bajar hasta el fondo de tu ocupación

si quieras ascender hasta la cumbre. Nada es insignificante para ti de cuanto a tu oficio concierne. Has de dominar los pormenores. Tal fué el secreto del glorioso éxito de Stewart y de Astor, que sabían todo lo relativo a sus negocios.

De la propia manera que el amor es el único fundamento del matrimonio y lo único que puede guiarnos con seguridad entre los escollos y tribulaciones de la vida conyugal, así también el amor a una profesión es lo único que nos puede guiar a través de los obstáculos.

En cierta ocasión exclamó Whittier: «Yo sentía que estaba en el mundo para hacer algo y pensé que debía hacerlo». En esto consistió el secreto de su poder. Necesariamente ha de triunfar el hombre que en leyes, literatura, medicina o teología se aplica al estudio con ardor y ama su profesión y por entero a ella se dedica; pero el que sin gusto la abraza, tan sólo porque su abuelo cobró fama en ella o porque su madre lo quiere, más le valiera ser conductor de tranvía, pues pudiera sobresalir en cualquier humilde oficio, al paso que en la carrera contraria a sus aptitudes será como terraplén derrumbado sobre la vía, con peligro de que descarrilen los trenes.

Hace pocos años, el matrimonio era el único camino abierto a las jóvenes, y la solterona era muy mal vista por sus amigas. Sobre este par-

ticular dijo Lessing que, para el común de las gentes, la muchacha pensadora es tan ridícula como un joven tímido. Tiempo atrás, toda mujer que osaba estudiar o escribir había de tener a prevención una pieza de bordado para tapar con ella el libro o el manuscrito cuando entraba alguna visita. El doctor Gregory les decía a sus hijas: «Si por acaso llegáis a tener alguna erudición, guardaos de alardear de ella delante de los hombres, pues miran con envidiosos ojos a las mujeres de cultivado entendimiento». Las mujeres que en aquel tiempo componían libros estaban precisadas a negarlo en público, como si se tratase de un crimen.

Todo esto ha cambiado y de qué manera! Bien dijo Francisco Willard que el descubrimiento más prodigioso del siglo había sido el descubrimiento de la mujer. La hemos emancipado de modo, que ya tienen las jóvenes innumerables oportunidades, aparte del matrimonio. Antes sólo los jóvenes podían seguir carrera. Hoy pueden imitarlos sus hermanas. Esta libertad es una de las mayores glorias del siglo xx. Pero a la libertad va unida la responsabilidad, y toda joven ha de tener un propósito definido.

Dice el doctor Hall, que el mundo está necesitado de jóvenes que sean la mano derecha de su madre y casi mejor que ella sepan cuidar de los

pequeñuelos y resolver las ordinarias dificultades de la vida doméstica. Necesita el mundo jóvenes de quienes el padre esté satisfecho por algo más valioso que su hermosura y cuyos hermanos estén de ellas orgullosos por algo más que por su habilidad en la danza y su brillo en los salones. Necesitamos jóvenes de buen sentido, que tengan norma propia de conducta y sean lo bastante independientes para vivir por su cuenta. Jóvenes cuyo único ideal no sea estrenar vestidos, lucir enormes sombreros en el teatro, lacerar sus pies con tacones altos y torturar su cuerpo con ceñidísimos corpiños. Jóvenes que vistan con elegante decencia y repudien las modas necias y grotescas. Necesitamos jóvenes bondadosas, aafables, con el corazón en los labios, inocentes, puras y modestas, con menos malicia y picardía a los veinte años, que las colegialas de hoy suelen tener a los diez. Necesitamos jóvenes laboriosas, solícitas y prudentes, que reconozcan los sacrificios de su padre para rodearlas de comodidades y la abnegación de la madre que se abstiene de muchos goces lícitos para que ellas satisfagan su gusto. Jóvenes que sepan trazar la línea fronteriza entre lo necesario y lo superfluo; que se acostumbren al ahorro y repugnen la dilapidación; que sean la alegría y la ayuda del hogar, en vez de penoso estorbo e inútil carga. Necesi-

tamos jóvenes de corazón hinchido de ternura y simpatía, cuyos ojos arrase en lágrimas el infortunio ajeno y cuyos labios mueva la sonrisa iluminadora de sus hermosos pensamientos. Abundan las jóvenes de chispeante y agudo ingenio, pero nos faltan las de carácter placentero y amable, corazón vibrante y vehemente, más gustosas de la apacible vida de familia que del ofuscante brillo de la sociedad mundana. Con unas cuantas jóvenes de este temple, la vida cobraría nuevos atractivos, como se refrigerá la tierra al beso de la lluvia.

Algunos quieren limitar la acción de la mujer, sin advertir que no hay lugar en el cielo ni en la tierra, ni labor humana, ni bendición ni maldición, ni vida ni muerte en que no intervenga la mujer.

Dice Emerson:

Cumple tu destino sin vanas esperanzas ni temerarios engreimientos. El momento presente es para ti de tanta trascendencia como el mágico cincel de Fidias o la llana de los egipcios o la pluma de Moisés o del Dante, aunque distinto de todos ellos.

A esto añade Russell Sage:

El joven que sin valedores ha de abrirse paso necesita, ante todo, obtener una colocación; después sellar los labios; lo tercero observar cuidadosamente a su al-

rededor; lo cuarto, ser fiel; lo quinto, hacerse necesario a su principal; y por último, guardar exquisita corrección.

Wanamaker, cuyo lema era: *No dejéis nada por hacer*, señaló las siguientes condiciones del éxito:

Asidua aplicación; honradez integerrima; estudio de los pormenores y discreción.

La mayor parte de las gentes consideran su profesión como medio de vivir; pero el hombre verdaderamente equilibrado no tiene tan mezquino concepto de la vida, sino que ve en el empleo de su actividad el medio de explayar las potencias del alma.

No hemos de repugnar el trabajo ni eludir las lecciones cuyo objeto es multiplicar las posibilidades de nuestra vida, como el sol despliega los pétalos de la flor.

Dice Juan Ingelow:

Me gusta pensar que no estoy obligado a poner en orden la marcha del mundo, sino tan sólo a cumplir soñadamente la tarea que Dios me señaló.

¿Qué haré yo para ganar imperecedera fama?
Cumple siempre con tu deber.

Así lo hicieron muchos que, sin embargo, yacen olvidados.

¿Acaso crees que nadie los recuerda? Los ángeles pregongan sus alabanzas en el cielo. ¡Divina suerte la suya!

ADICIÓN DEL EDITOR

Entiéndese por carrera, toda profesión, oficio o empleo que ofrezca campo de actividad al hombre laborioso, y se da el nombre de oficio a las profesiones manuales, única puerta por donde entran en la vida los hijos de familias menesterosas. Así no hay pocos de entre estos últimos cuya colocación hubiese estado más ajustada en el banco del aula que en el del cerrajero, si la pobreza no les atrancara las puertas de las universidades.

No suelen advertir los padres que de todos los deberes de la vida de familia es la elección de la carrera de sus hijos el de más difícil cumplimiento, pues requiere mayor cordura que años adelante exigirá la elección de estado.

Como dice muy oportunamente Marden, parece que la juventud no tiene más carreiras abiertas que las de abogado y médico, a las cuales se inclinan por rutina la mitad más tercio de los estudiantes. Sin embargo, aunque hay jurisconsultos cuyo bulto supera en renta a la de un senador por derecho propio, abogados hay que para vivir han de vegetar subalternamente en un despacho o arrimarse a una pasantía. Médicos hay también de visita pesetera y mantel homeopático que recibirían como lluvia del cielo una iguala campesina, y otros, cuya antesala parece iglesia en día de jubileo, que no cambiarían su balance anual por el del más aparquianado comerciante. Con todo, unos y otros estudiaron respectivamente la misma carrera. ¿Por qué unos llegaron a vencer y los otros desmayaron en el camino hasta fracasar? ¿Fue la suerte? ¡Pobre suerte! ¡Cuántos te maldicen por culpable en la hora del vencimiento! ¡Cuán pocos te bendicen